

EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES.

PERIÓDICO PARA TODOS.

REDACCIÓN: BALSAS, 1.

Centro Fotográfico Villar

En vista de la numerosa clientela que cuenta este antiguo y acreditado establecimiento, y con objeto de servir al público con prontitud y esmero, ha contratado á un retocador, tanto de retratos, como de ampliaciones, que en el difícil arte de la fotografía, lo domina como pocos.

Dicho retocador ha estado encargado bastante tiempo de la acreditada fotografía madrileña del Sr. Company.

AL DIA

LA NUEVA CASA DEL GOBIERNO CIVIL

Por Real orden del Ministerio de la Gobernación, ha sido arrendada por diez años la magnífica casa del Sr. Marqués de Torre Octavio, en la calle de Ceballos de la parroquia de San Juan, para oficinas y domicilio del Sr. Gobernador Civil de la provincia.

El edificio en cuestión tiene nobilísima historia y fué fundado á principios del siglo XVI por el Mayorazgo Don Juan de Zaballos, que vino á Murcia en tiempo de los Reyes Católicos, procedente de Vizcaya, donde tenia su solar en la Villa de Zuistan, (según Cascales) Casó con D.^a Maria de Torres y tuvo por hijo á Luis de Zaballos, que casó con D.^a Catalina Carles; fué Regidor de esta ciudad y alcaide de Cehegin.

El 23 de Septiembre de 1604, un nieto del vizcaíno D. Juan de Zaballos, que también fué alcaide del Castillo de Cehegin y Regidor de Murcia, ganó en la Real Chancillería de Granada un pleito de hidalguía, y él le dió ejecutoria de nobleza en la fecha citada.

Restauró la gran casa que formaba manzana por la hoy calle de Cánovas del Castillo, donde estaba el magnífico huerto, de la Soledad con el horno antiguo de la familia de Jara, por la calle hoy de Mariano Padilla, donde estan las casas del Senador don Joaquín García, adosadas á la central que ocupará el Gobierno Civil.

Extinguida la familia de Zaballos, ó de Ceballos, como dice su blasonado escudo, *Ceballos para vencillos*, su cuantiosa fortuna y su gran hacienda del camino de San Javier, fué dividida entre sus herederos, correspondiendo al insigne Pintor don Nicolás Blanco Villacis, que vivió y murió en ella, sin sucesión directa.

Siguiendo la tradicional Ley vin-

culadora de aquella época, en el siglo XIX se repartió la fortuna de Ceballos en la familia de Alcayna y de Buitrago, correspondiendo la mayor parte, por muerte desgraciada de su hermano, á la Señora doña Encarnación Buitrago y Alcayna esposa del militar retirado don Francisco de Paula Alvarez Fernandez de Villavicencio, á su hermana Luisa, que casó con don José Salvá del Castillo, y la menor con el vinculista Marin, quedando en ellos libre la herencia creada en los tiempos de los Reyes Católicos.

Muertos, el Coronel D. Antonio Marin Buitrago (hermano del general Marqués de Marin), D. José Salvá del Castillo, padre de la hoy Viuda de Jordán, y la Señora doña Encarnación Buitrago Alcayna, su heredera, última de su raza, la Señorita doña Maria de las Angustias Alvarez Buitrago vendió la casa y parte del hacendon de los Ceballos, al Sr. D. José de Mazón y Franco, del que la heredaron sus hijos los actuales Marqueses de Torre Octavio.

Los demás herederos de la familia de Marin y Jordan, vendieron sus respectivas hijuelas al Excmo. Sr. D. Joaquín García García, que ha embellecido la calle de Mariano Padilla, con un hermoso caserío á la moderna, que se recomienda por su construcción.

Hasta aquí la historia de la conocida casa del pintor Villacis, en cuyos salones han bailado muchas generaciones, de aristócratas murcianos, borrados todos del libro de los vivos.

El nuevo Gobierno civil está situado en la parte más aristocrática de la parroquia de San Juan; tiene por vecino al Sr. Ugarte, que ocupa el antiguo Palacio de Floridablanca, hoy de los Excmos. señores Condes de Heredia Spinola.

A la viuda de Meseguer D.^a Rosario Albaladejo, á las Sras. de Musso, á la viuda de Sandoval, al ilustre abogado y político D. Eze-

quiel Díez y Sanz de Revenga, á la viuda de Mazón, á D. Plácido López Calahorra, al Senador don Joaquín García, á los Sres. de Castillo, al Canónigo don Telesforo Crespo, al general Portillo y á otras muchas familias conocidas en la buena sociedad murciana.

CUENTOS AJENOS

ROSA DE MÁRMOL

I

Rara vez se la veía en teatros y paseos y cuando se presentaba en el Retiro iba siempre sola en su carruaje, daba algunas vueltas alrededor de la estatua del Ángel Caído, ó bien echando pie á tierra se internaba, triste y meditabunda, por las alamedas que conducen al estanque de patinar.

Todos los que la trataban se compadecían de aquella joven rica, hermosa y apenada por cuanto la rodeaba.

Rosa—este era su nombre—se hallaba casada con un marqués, y su belleza era muy celebrada en la Corte. Pero aquel tinte melancólico que bañaba su rostro, aquella imposibilidad de su fisonomía fué motivo para que las gentes la apellidasen con el significativo nombre de *Rosa de mármol*.

Y Rosa tenía algo de estatua.

Era de mediana estatura, trigueña, con ese trigueño mate propio de las hijas de los trópicos, con ojos negros de dulce mirada, grandes y bien delineados, ojos de mujer cariñosa. Su fisonomía de rasgos finos y delicados, hacíala más interesante cierto aire de cansancio que en ella estaba impreso. Su extraña palidez, los pliegues que contraían sus labios y el velo de tedio que cubría su rostro añinado, así como las sombrías profundidades de sus ojos, revelaban que una oculta tristeza embargaba su espíritu.

Y esa tristeza llegó á hacerse crónica en Rosa, sin que nadie la hubiera oído nunca prorumpir en una de esas ruidosas carcajadas que denuncian á las almas jóvenes, expansivas, alegres, llenas de vida y de amor.

Rosa no reía jamás y sólo muy rara vez asomaba á sus labios una sonrisa tan tenue, que más bien parecía contracción nerviosa arrancada por el sufrimiento, que señal de regocijo.

Sí, aquella mujer tenía el alma enferma.

II

Su esposo, el marqués, era uno de los aristócratas más á la moda. Poseedor de una renta considerable no tenía más preocupación que la de su persona. Ser el más afamado *sportman*, el más hábil director de cotillones y el elegante que con más *chic* se

exhibiera en salones y paseos: he ahí toda su ambición, el único objetivo de su vida.

Y llegó á conseguirlo.

Ninguno montaba con más agilidad y gallardía un caballo ni dirigía un cotillón como él sabía hacerlo, ni hacía saltar la banca del Casino con la audacia que á él le prestaban sus millones. Su presencia en las tertulias ó en los casinos era celebrada con ruidosas aclamaciones. Y él, viendo halagada su vanidad, sentíase satisfecho y vivía feliz. Pero un día vió que en el nacimiento de su negra y bien poblada barba empezaban á asomar imprudentemente algunas canas y echó de menos algo que le hacía falta para exhibirse con toda la gravedad que su posición exigía: una mujer hermosa.

Y salió á la calle dispuesto á encontrarla á cualquier precio, como si se hubiese tratado de algún brioso tronco para su elegante carruaje.

Y halló á Rosa.

La conoció en una reunión; y desde el primer momento le impresionó vivamente su hermosura. Aquella noche hacia su entrada en el gran mundo, y nada tan halagüeño para el marqués como ser el primero en apoderarse de aquella hermosura, tan pronto como asomó en el cielo de la galantería y del amor. Empezó, pues, á galantearla, lo cual advirtieron con señaladas muestras de regocijo los padres de Rosa, acandalados banqueros americanos que se habían establecido en Madrid.

Desde aquella noche Rosa se vió sometida á un continuo asedio.

—Niña, no seas tonta—le decía su madre.—¿Dónde puedes hallar un esposo más digno de tí que el marqués? Joven todavía, elegante, con un título...

—¡Pero si no le amo!...

—¿Qué entiendes tú de eso, si eres niña inocentona. El amor llega después, tonta. Con el trato se engendra el cariño. Esos bueno, está locamente enamorado de tí, y cuando seas su esposa y te halles en posesión de un título que hoy no tienes y te veas agasajada por toda la aristocracia, serás feliz y comprenderás que tu madre estaba en lo cierto. ¿Cómo he de aconsejarte mal si eres la hija de mi corazón, lo que más quiero en el mundo?

Y diciendo esto la estrechaba contra su pecho cubriéndola de besos.

Rosa se dejaba acariciar, y abriendo sus negros y rasgados ojos, murmuraba con voz suplicante:

—¡Pero si no le amo!...

En esa lucha pasaron algunos meses, hasta que Rosa rendida sin fuerzas para resistir á las insinuaciones de sus padres y á los halagos del marqués, aceptó su cariño.

III

Ella era joven y hermosa, sentía en su alma la necesidad de amar y había

